

LA TINAJA QUE SUDABA ACEITE EN TORRENTE DE CINCA
(1555-1808): MILAGRO Y FRAUDE EN UN OPÚSCULO IGNOTO
(1846) DE BRAULIO FOZ¹

JOSÉ MANUEL PEDROSA

Universidad de Alcalá

El diario *El Clamor público* dio a conocer, en su número del 26 de noviembre de 1846, p. 4, un escrito que —decía— le había sido remitido por su corresponsal en Fraga (Huesca). El que el corresponsal —que se identifica como un “labrador”— no diese su nombre no debe extrañar, dados los desahogos anticlericales que se permitió deslizar en las notas añadidas a pie de página. Tampoco sería raro que, aunque se sugiera que a él le habría entregado sus “apuntes” el “anticuario don Braulio Foz”, los dos fuesen la misma persona. Y que la figura intermediaria no fuese más que un subterfugio para mejor burlar a la censura y para deslizar opiniones de tipo político y religioso que, en aquellos años tortuosos, sería imprudente manifestar más a las claras.

Foz fue un progresista anticlerical (no antirreligioso) que perdió su cátedra de griego en la Universidad de Zaragoza y sufrió doce años de exilio en Francia en los años más oscuros del régimen de Fernando VII. Entre 1838 y 1842 había dirigido *El Eco de Aragón* —en realidad, fue el redactor de varias de las secciones—, un periódico cuyas soflamas antireaccionarias y anticlericales rayaban casi en la temeridad. Y en aquel año de 1846 en que *El Clamor público* consintió en publicar el escrito que voy enseguida a reproducir, vivía bajo la amenaza de una deportación a Filipinas que a duras penas pudo eludir.²

La mediación, pues, del verdadero o ficticio corresponsal añadió prudencia pero no restó valentía al escrito, en el que el tono anticlerical seguía siendo —sobre todo en las notas a pie de página— vehemente, y la firma de Braulio Foz aparecía escrita con todas sus letras:

¹ Agradezco su consejo y orientación a José Luis Garrosa.

² Sobre su vida y su obra sigue siendo fundamental la monografía de José Luis Calvo Carilla, *Braulio Foz en la novela del siglo XIX*, Teruel, Instituto de Estudios Turolenses, 1992.

Historia de la tinajita que sudaba el aceite misterioso en el convento de trinitarias, situado en los montes de Torrente de Cinca.

Nuestro corresponsal de Fraga nos ha remitido los siguientes curiosos apuntes del anticuario don Braulio Foz:

De mis apuntes históricos aparece el origen que tuvo la tinajita del aceite misterioso, inventada por los PP. trinitarios del convento del Santísimo Salvador, situado en los montes de Torrente de Cinca, que tantos miles de reales les producía.

Era el citado convento en lo antiguo una ermita, bajo la invocación del Santísimo Salvador, cuidada por algunos ermitaños, muy concurrida de fieles de lejanas tierras que venían en peregrinación a visitar al Salvador. En 1545, el padre don Alonso de Astudillo vino a visitar esta ermita; pasmado del numeroso concurso que a ella venía, el panorama delicioso de su sitio y la fertilidad del país, pidió licencia para fundar en ella un convento de su orden, y en 5 de abril de 1555 efectuó su fundación, desde cuya fecha apareció manar en la tinajita el aceite misterioso.

El anticuario, Foz, se explica así:

“¡Cuántas cosas ha destruido la revolución! ¡Y más esta guerra civil iconoclasta y *estragosa*, como dice un sapientísimo escritor morellano de nuestros días! ¡Muchas cosas, sí; y qué cosas!... ¡Pero el tiempo va andando! Y quién sabe si de aquí a cinco o seis mil años traerá otra vez lo que ahora se ha llevado. Quién sabe. Dichosos los que entonces vivan. Yo ya no puedo verlo.

En Torrente de Cinca, pueblo ahora célebre por la aplicación y adelantos de un hijo de él³ en la industria de la seda y en otras quizá no

³ D. Francisco Monfort, con su genio industrioso, hará la felicidad de este pueblo. A la industria de la seda, enteramente abandonada en el país, la ha levantado al apogeo que jamás había llegado. Su hermoso establecimiento al vapor, de la filatura, y ahora el nuevo del torcido, dan más realce al delicioso jardín que ocupan treinta y tres tornos para el hilado, empleando diariamente treinta y nueve mujeres, sin contar la directora, y otras dependientes de ella. Un número considerable de trabajadoras trabaja en la cría y fomento de los grandiosos bosques de *multicaulis*, y toda especie conocida de morales, cuyas preciosas plantas han sido pedidas y remesadas, no solo del interior de la provincia, sino de todos los ángulos la monarquía. No ha omitido gasto en perfeccionar sus establecimientos. Para poder llegar a la altura que desea en la filatura, hizo venir hábiles francesas a fin de que enseñasen a hilar a las mujeres de Torrente, que hoy lo verifican con primor. Admite en su establecimiento mujeres de todas partes para que aprendan. Envía a las personas que se lo piden tornos, máquinas y una o dos hilanderas, con el objeto de que propaguen este ramo de riqueza que tantos millones reportó a la nación en otra época. Envío a la corte a su director y dos o tres hilanderas, para la cría del gusano, y elaborar la filatura de la seda, que S. M. tuvo a bien ensayar, cuyo resultado fue feliz. No enumeraré la multitud de brazos empleados en el ingenio del aceite, fábricas de

menos útiles, y más célebre aún en otro tiempo que ya pasó, por las maravillas que voy a referir, hay en un monte que desde el gran valle del Cinca parece que frisa con las nubes, un convento de trinitarios con el título del Santísimo Salvador⁴; y eran los hombres más benditos del mundo. El edificio era grande, espacioso, fuerte, bien construido: un ancho paseo al rededor para todas las horas, estaciones y vientos: una fuerte calzada, cuya barbacana o cualquier ventana de celda era el mejor balcón y la más hermosa vista de España.

¡Cuántos y cuántas por gozar de ella, iban a visitar a los padres, y a ganar sacos enteros de perdones! Y sobre todo, para untarse los pies, los cojos; los brazos, los mancos; los ojos, los ciegos; los pechos, las mujeres; y cada uno lo que le dolía, o temía que le doliese, con un aceite misterioso que no era, no, el de la lámpara del Señor, sino otro que manaba en una tinajuela que tenían en gran veneración⁵ aún los RR. Padres que sabían el milagro.

¡Afuera profanos! ¡Afuera incrédulos, impíos, filósofos, todos los tocados de las ideas del siglo! Porque la tinajita, que se llamaba el Santo Vaso, manaba aceite, engendraba aceite, es decir, lo producía de sí mismo, lo lloraba por todos sus poros; y vosotros impíos no lo creéis...! Pues yo lo he visto, yo por mis propios ojos. No el aceite, porque he llegado un poco tarde, sino el convento, y el Santo Vaso (y ahora está en otra parte) y lo he tocado con mis propias manos, aunque indignas. Pero como no le encienden luces, ni le hacen fiesta, según dijo una buena vieja a quien preguntamos, por eso ahora no manaba aceite, ni lo mana ya, ni lo suda.

Pues como iba diciendo, el tal aceite, que también y siempre se le llamaba el Santo Óleo, el Santísimo Aceite, se recogía por aquellos inocentes padres en botellitas o ampollas tamañas como dedales, y con algunos cientos de ellas, salían dos o tres legos a correr la tierra de los fieles,⁶ obrando tales prodigios con el Santo Óleo y por fuera que no lo curase milagrosamente.

jabón y aguardiente, que forman el cúmulo de tan grandiosos establecimientos en un mismo sitio (Nota del corresponsal).

⁴ En la colina que de Norte a Medio día sigue desde Velilla de Cinca hasta los montes de Mequinenza, en un elevado picacho, se hallaba situado el referido convento que dató hasta el 1808, 262 años de existencia. Sus ruinas las ha vendido la amortización al indicado Monfort (*Id.*).

⁵ De manera que, para conservar esta superstición, en vista de los grandes acopios de efectos que enumera, sin dejar la de lana y seda, construyeron una magnífica capilla, en donde el Santo Vaso era venerado y respetado casi como el Santísimo Sacramento, adornado de regalos y lámparas (*Id.*).

⁶ No solo se extendía la peregrinación de estos benditos hermanos al Principado de Cataluña, Aragón y Valencia, sino a Navarra y Castilla; y llegó a ser tanto el provecho que traían al convento los hermanitos de su aceite misterioso, con el

Y era de ver las cargas de perniles de tocino, de pies de cerdo, de pan y trigo candeal, de aceite, vino de flor, de pollos, gallinas y capones, cera labrada y otras frioleras que enviaban al convento. De dinero no hablemos: a peseta el dedal o escrúpulo del santo aceite, venía a salir la arroba a doscientos diez seis duros, a cuatro mil trescientos veinte reales; y lo despachaban a miles. ¡Qué precio, labradores de mi tierra!⁷ ¿Cuándo sabréis, labradores de mi tierra levantar a él vuestro aceite...?

Y los legos decían: “con fe, señoras, con fe, que esto es lo que vale”. Y tenían razón, porque bien se necesitaba mucha y buena fe para creer que el aceite de la bodega de los trinitarios manaba milagrosamente en una olla barnizada metida en un rincón que honraban con el título de capilla, a la derecha del altar mayor; que de día visitaba quien quería y miraba por las rejillas; y de noche, visitaba solo algún padre, que no dormía aquel rato por amor al prójimo.

Lo que se saca de las casas con la buena voluntad de sus dueños, dice un poeta antiguo, es utilidad y provecho muy apreciable y gustoso; y lo que con violencia, al más guapo derriba⁸. Lograron lo primero los padres

objeto de que no se entibiase su celo en los últimos años, [que] la comunidad les arrendó sus productos en una suma considerable

⁷ No va escaso el señor Foz en su cálculo, pues ascendían a muchos miles de botellitas del aceite misterioso que vendían y daban en retribución de las grandiosas limosnas que recibían de los devotos. Los labradores vivimos en mala época para levantar el precio de los frutos, y en especial el del aceite. El sistema tributario es una palanca que nos arranca la última peseta, y todos los esfuerzos para forzar la tierra para que nos sustente. Los frailes, según lo demostrado, levantaban 4320 rs. de una arroba de aceite. Hoy hace 30 años el labrador vendía a 80 rs. la arroba; y desde el sistema tributario no podemos llegar a 40 rs. y aún de estos hay que rebajar dos reales y medio de impuesto. Los frailes se burlaban de la creencia de los tontos; y el Excmo. señor Mon se ríe de los lamentos y miseria de los labradores. Aquellos y sus hermanos rogaban y suplicaban. El señor Mon [Alejandro Mon y Menéndez, ministro de Hacienda en varias ocasiones, entre 1837 y 1858] tiene sus agentes, que a la fuerza exigen del miserable labrador, el sustento de su hambrienta familia. ¡Pobres labradores...! (*Id.*).

⁸ No estoy conforme con el señor Foz en que la exacción de las dádivas en retribución del aceite misterioso fuese una violencia por parte de los hermanitos. No: su locuacidad, su humildad y religión, embaucaban a los inocentes crédulos y fanáticos, y el deseo de alcanzar las gracias divinas que tanto les encomiaban; y como no había sistema tributario, con la mayor largueza abrían sus bolsillos y trojes a la hipócrita avaricia de tan humildes legos. La historia antigua llama a estos hombres que vivían en el desierto, vagabundos, y después de la reconquista de los sarracenos, frailes. Estos que recibieron el arte de vivir con comodidades y a expensas del sudor ajeno, se introdujeron a pretexto de mantener pura o ilesa la religión del inmaculado Cordero, sacrificado en el Gólgota, para la redención del género humano, su libertad, igualdad y fraternidad, en el corazón de la reina doña Isabel la Católica y el

trinitarios de Torrente de Cinca (y otros de otras partes y trajes, casi todos), y lo segundo lo siguen estos perdidos gobiernos del mundo, que no piensan en el castigo que se les anuncia. ¡Qué gustoso sería para ellos ver los elefantes de sus mulas, que de cargadas apenas podrían acabar de subir la cuesta y llenarse como por encanto su grandísima despensa y todos sus santos receptáculos!

Es pues el caso (y ahora viene la historia) que en el año del Señor de 1587, a los diez y ocho días del mes de octubre, entraron por la noche en la iglesia del convento unos ladrones; robaron cálices, custodia y cuanta plata había por allí, y al Santo Vaso (qué herejes serían) le dieron media docena de patadas y le hicieron pedazos, ¡ved qué prodigio!...

Ni una gota de aceite se derramó ni cayó en tierra (porque no había en aquel momento). Por la mañana los frailes, al ver aquel estrago, pensaron en la despensa. ¡Pero, oh dolor! Por lo que pudiera venir, o dejar de venir... Al punto les ocurrió lo que debían hacer. Pasaron circulares a los pueblos de voto y devoción a la santa Casa, y el día 25 de noviembre se hallaron allí, en procesión general de desagravios (a la tinajuela), los pueblos de Torrente, Fraga, Aitona, Servi y Candanos; y con ellos el señor obispo de Lérida que se hallaba en Fraga y fue invitado; y a presencia de S. Ilma., de los párrocos, capítulos, alcaldes, regidores y

rey don Fernando; y en 1478 establecieron el santo tribunal de la Inquisición, como dique que contuviese los adelantos de la civilización y de las luces que siempre reciben esfuerzos e impulsos en los trastornos políticos. ¡Quién sabe si los aduladores que rodean a la Segunda Isabel habrán concebido un plan semejante para hacer retroceder el curso del siglo a aquellos tiempos aciagos! Más adelante, en 1610, triunfó de todas las juntas y pareceres el patriarca y arzobispo de Valencia, y por su mediación el rey don Felipe III expulsó de la España más de novecientas familias de moros. Es una gran casualidad que en todo suceso grave se halle al frente un prelado. Para la expulsión de los moros solo se atendió al parecer de un obispo: para volver a poner en tono la superstición desbaratada del Santo Vaso en la Iglesia de los trinitarios de Torrente, otro obispo, ¿y con qué solemnidad...? Una escritura pública del acto, con repartición de ejemplares... ¿Cuántas veces, en el discurso de los tiempos, habrá sido anunciada esta farsa, como artículo de fe, en la cátedra de la verdad, y gastado el nombre del escribano Jordán? ¿Cuántas encomiadas? ¿Cuántos anatemas de herejía habrán proferido los frailes contra los incrédulos, bajo la salvaguardia de la Inquisición, que contenía, como contiene ahora la policía, la libertad del pensamiento, la libertad de la palabra, y aun el derecho de quejarse quien se ve atropellado y perseguido? Este triste y vergonzoso cuadro, que mancilla nuestra sacrosanta religión, me trae a la memoria el Aganelón que refiere el reverendo padre maestro Feijóo en su *Teatro crítico*, que después de trescientos años que recibía adoración, un celoso obispo de París quiso por sí mismo cerciorarse del objeto de aquella veneración, y en lugar del cuerpo del que creía santo, encontró el esqueleto del perro Aganelón, a quien su amo en premio de su fidelidad colocó en aquel sepulcro (*Id.*).

prohombres de todos los pueblos, ofrecieron aceite menudo los fragmentos mayores de ella; y buscando dos hombres del país conocidos por sus muchas habilidades, y confesados y comulgados, con mucho respeto, con temor y temblor, fueron uniendo y pegando los pedazos del Santo Vaso, en cuya operación ocurrieron dos insignes milagros.

Primero: que todos vieron el Santísimo Aceite manando de los dos pedazos, pudiéndose recoger como dos cucharadas. Segundo: que como se retardase la conclusión de la operación, todos y los mismos vieron cómo el Santo Vaso dejó de manar aceite, desapareciendo enteramente el que había, y quedando el Santo tinajo libre de todo sudor oleoso; y llenos de admiración y enternecidos de religión, acabada que estuvo esta obra de ajuntamiento, tomó el prelado el Santo Vaso y, en procesión muy solemne, lo volvieron a su lugar; y quedó reparado el agravio y asegurada la despensa.

Y para que en todo tiempo constase lo sobredicho, a requerimiento del padre ministro (otros le llaman guardián, prior, prepósito, rector, etc.), “en descargo suyo, y exoneración de su oficio y comprobación del derecho de aquel, o aquellos, o ser pueda intereses en lo venidero, hice y testifiqué el presente acto público, y de este, uno, y muchos y los necesarios haber requerido. Lo cual fue hecho en el lugar, día, mes y año calendado. Siendo por testigos etc.= Sig= [cruz] no de mí, Juan Antonio Jordán, notario etc”.

Ríase de esto el que quiera; yo no me río, porque el señor Juan Antonio Jordán califica cosas que me pueden mucho. Entre otras, que el señor obispo a la hora de ir a comer, limpió muy bien con una tohalla los fragmentos del Santo Vaso; y cerrada la iglesia y teniendo S. Ilma las llaves, cuando volvieron y la abrieron, vieron que los dos pedazos grandes habían sudado como dos cucharadas de aceite (las arriba dichas), y que sin saber cómo, dejó después de sudar, se sumió y desapareció todo el aceite, y dígame lo que se quiera, esto es mucho.

Durante la guerra de la Independencia, los frailes se fueron, no volvieron a subir al monte; y creo que no estaba inhabitable, sin duda por no accidentarse del pecho, y librar del mismo peligro a sus devotos y devotas, que tal vez iban a pies descalzos, a besar la manga, o algo de ellos; y a pedir a la tinaja lo que más deseaban: hijos, las casadas; maridos, las solteras; habla, los mudos; pies, los cojos; agua, los secos; etc.

Y el Santo Vaso apareció después⁹ en una torre y capilla que tenían entre Fraga y Torrente con una dilatadísima huerta, donde yo lo he visto y

⁹ En 1808, los frailes sin atender a la Santa Imagen del Salvador, después de haberse repartido el peculio que habían producido sus rentas, y el aceite misterioso, abandonaron el convento, y escondieron el Santo Vaso en la torre y huerta enunciadas, hoy propiedad de Monfort. La Santa Imagen como su patrono, la recogió Fraga, y colocó en pública veneración en la iglesia parroquial. El decreto dado en Valencia por el rey Fernando en 4 de mayo de 1814, restableciendo el

tocado; pues por la misericordia de Dios vive y se conserva tan bueno como lo dejaron los dos de las muchas habilidades; y no lo olvidan las viejas¹⁰.

Los “apuntes” de Braulio Foz publicados en 1846, con las glosas a pie de página del intermediario anónimo que acaso fuera él mismo —aunque también pudiera ser que no—, tienen un valor relevante, y por más de una razón.

En primer lugar porque, pese a que Foz es un autor que está recibiendo cada vez más atención —y a cuenta no solo de su famosa *Vida de Pedro Saputo* (1844)— por parte de la crítica, no tengo noticias de que su opúsculo acerca del Santo Vaso de Torrente de Cinca haya vuelto a ser editado ni

imperio de la Inquisición y demás privilegios teócratas, y aristocráticos, atrajo los frailes otra vez a Torrente, pero no al convento. Reuniéronse en la capilla de la torre, reclamaron la imagen y allí vivieron, hasta que por los años 26 al 28 vinieron a restablecerse en Fraga; sin que en ambas épocas se acordasen poner en veneración el Santo Vaso, que con tanta facilidad manaba en la iglesia del antiguo convento el aceite misterioso. ¡Quién sabe si vendrá otra época de tinieblas...! O aparecerá otro escribano como Jordán que certifique cosas más estupendas que las que vio en el convento. Don Francisco Monfort debe guardar con mucho cuidado dicha tinajuela, por si se le ocurre sudar o manar el aceite misterioso, que tantos bienes le reportaría, como reportó a los frailes, y aun más, porque este nuevo milagro aumentaría mas el concurso a sus establecimientos, y como concluyeron los señores de las juntas que se opusieron a la expulsión de los moros, “cuanto más moros más ganancia”. Y si venían los frailes podía decirles como el patriarca citado, “de los enemigos los menos”.

¹⁰ Reproduzco el texto de 1846 de manera literal. Solo he normalizado la puntuación (incluidos los signos de interrogación y de exclamación) y la presentación de algunas palabras con letras “g” y “s” que hoy se escriben con “j” y “x”, como “tinagita” (que ha quedado “tinajita”) o “estendía” (que ha quedado “extendía”). El estilo del escrito de Foz, y del supuesto corresponsal del diario, resulta bastante descuidado. He corregido, por eso, lo que parecen ser erratas o fallos de redacción. “Asudillo” ha quedado “Astudillo”; “parónoma” ha quedado “panorama”; “industria”, “industria”; “hicieron”, “hicieron”; “manado”, “manando”; “Vasso”, “Vaso”; “4 de mayo de 4814”, “4 de mayo de 1814”; y “que S. M. que tuvo a bien ensayar”, “que S. M. tuvo a bien ensayar”. La frase “obrando tales prodigios con el Santo Óleo y por fuera que no lo curase milagrosamente” parece haber sufrido algún tipo de deturpación que no he logrado aclarar. El párrafo “en descargo suyo [...] lo cual fue hecho en el lugar, día, mes y año calendado. Siendo por testigos etc.= Sig=[cruz] no de mí, Juan Antonio Jordán, notario etc.” lo he entrecomillado porque parece ser cita de algún documento administrativo viejo, aunque lo confuso de la redacción no permite averiguar a partir de dónde comenzaría tal cita.

considerado por la crítica desde que vio la luz en *El Clamor público* del 26 de noviembre de 1846.

Además, porque se trata de un documento muy informado y muy informativo desde los puntos de vista histórico y etnográfico. Es de suponer que Foz obtendría los datos acerca del culto anterior a 1808 de aquel Santo Vaso de Torrente a partir de fuentes de archivo que encontraría en la parroquia o en el concejo del pueblo, o quizás de la cercana ciudad de Fraga, o bien en algún impreso de propaganda que circularía por una comarca que él conoció muy a fondo.

El “anticuario” aragonés nos legó, en efecto, informes detallados acerca de la ermita del Santísimo Salvador, de sus ermitaños y de los forasteros que atraía en la primera mitad del siglo XVI —quién sabe desde cuánto tiempo atrás—; de la visita que en 1545 hizo el padre trinitario don Alonso de Astudillo, primer promotor del convento, que sería consagrado diez años después, el 5 de abril de 1555; del prodigio del aceite que empezó a manar, con inmejorable sentido de la oportunidad —porque no sería tarea fácil atraer fieles y dádivas hasta montes tan remotos, y era preciso cubrir los gastos de la construcción del convento—, de una tinaja de barro que fue ascendida a toda prisa a la categoría de Santo Vaso; del expolio del convento y la destrucción a golpes del Vaso en la noche del 18 de octubre de 1587, por unos ladrones que acudieron al imán de la prosperidad que el trasiego del aceite daba al templo; de la procesión de desagravio, presidida por el obispo de Lérida, que se celebró el 25 de noviembre de aquel mismo año, en la que fue presentada ante la multitud la restauración del Santo Vaso hecha por dos artesanos del lugar; y de la expansión, durante siglos, del negocio del aceite, hasta que la invasión francesa expulsó a los padres trinitarios —en 1808— del convento, que entró en un proceso lamentable de ruina.

En 1837, con la desamortización de Mendizábal, lo que quedaba del complejo —la iglesia mayormente— pasó a manos privadas —las del empresario de la seda, Monfort— que no cuidaron mucho su conservación. Durante la Guerra Civil de 1936-1939 los restos que quedaban sufrieron mayor destrucción aún. A partir de 1994 comenzaron los trabajos que han recuperado o reconstruido parte del edificio. Hasta el paraje en el que se encuentra llegan, cada quince de mayo, los lugareños que, hasta el día de hoy, celebran una romería en honor de san Isidro.

Casi tan interesantes como las revelaciones de tipo histórico son las de sesgo más etnográfico, pues Foz dio detalles acerca del tipo de fieles que acudían a reclamar sanaciones milagrosas al convento —mujeres casadas que querían tener hijos, solteras que buscaban marido, mudos en busca de habla, cojos que querían andar, etc.—; de las cifras de negocio, en reales del tiempo

anterior a la invasión francesa, que el comercio del aceite generaba, y que a él (y más aún al presunto corresponsal o alter ego que glosó su escrito) le parecían abusivas y escandalosas; del traslado, después de 1808, de la tinaja prodigiosa a “una torre y capilla que tenían [se supone que los padres trinitarios] entre Fraga y Torrente con una dilatadísima huerta, donde yo lo he visto y tocado”; y de los relatos al respecto que no “olvidan las viejas” y que le habrían dado datos orales adicionales acerca de los últimos tiempos del convento. Especial interés tiene la explicación de por qué el supuesto milagro había dejado de ser efectivo: “como no le encienden luces, ni le hacen fiesta, según dijo una buena vieja a quien preguntamos, por eso ahora no manaba aceite, ni lo mana ya, ni lo suda”.

Las voces de Foz y de su presunto mediador se erigen, en fin —no solo por el valor que otorgaban a la recuperación de la memoria antigua y de la coetánea, sino también por el signo tan personal y apasionado de sus juicios—, en ligazones cualificadas y originales entre la historia pasada y el tiempo presente. Sus evocaciones interesarán por igual a los especialistas en el Renacimiento como a los estudiosos del siglo XIX, porque da cuenta de un culto que se inició en 1555, cuando el concilio de Trento (1545-1563) confirmaba una religiosidad basada en irracionalismos y en efectismos de signo fuertemente anti-intelectual, que miraban sobre todo hacia el pasado medieval; y concluía en 1808, mientras la modernidad seguía avanzando, pese a todos los obstáculos que los reaccionarios ponían —y Fernando VII iba a poner muchos enseguida— en su camino.

El artículo de Foz y de su supuesto corresponsal los revelaba, igualmente, como intérpretes singulares de la geografía y la etnología de unos territorios que conocían y que amaban. No hay que olvidar que Braulio Foz, aunque había nacido (en 1791) y había pasado su infancia en tierras de Teruel, estudió en Huesca y luchó contra los franceses en los montes de aquella provincia y de la de Lérida, lo que le habría permitido tener un conocimiento muy fundamentado de lo que escribía, a través del testimonio de personas que habrían conocido el convento antes de su abandono. Foz fue profesor en la Universidad de Huesca después de la guerra contra los franceses, y aunque después pasaría a enseñar en Zaragoza, mantuvo siempre una vinculación estrecha con el Alto Aragón, algunos de cuyos pueblos (como Alcolea de Cinca) fueron escenarios de varias de las andanzas de su famoso Pedro Saputo.

En los años en que había dirigido y redactado *El eco de Aragón* escribió no poco acerca de los pueblos de Huesca —y acerca de los pueblos de la provincia de Zaragoza cercanos a Huesca—, con atención especial a sus santuarios y ruinas, a los que era muy aficionado a ir de excursión:

En el número del 10 de junio de 1841, en folletón: *Santuario de San Cosme*. Refiere su visita al mismo, situado en una oquedad de la sierra de Guara (Huesca), propio del ducado de Villahermosa. En el número del 4 de agosto: *Monasterio de San Victorián*; refiere su visita a este histórico cenobio de la comarca de Sobrarbe. 14 del mismo mes: *Un ciego (por la Patria)*; refiere el suceso histórico del soldado llamado Antonio Mayor, natural de Alcolea de Cinca. 17 de septiembre: *Sobre si Mequinenza es la antigua Octogesa*. Afirma que cuando se arruinó Octogesa, pueblo o ciudad junto al Ebro, a la izquierda del Segre, pasaron sus moradores a crear la población de Ictosa. En el sitio de Octogesa se encuentran vestigios antiquísimos de poblado. Octogesa e Ictosa le parecen nombres celtas...¹¹

Las crónicas de las excursiones que Braulio Foz hizo por los pueblos y campos de Huesca y de Aragón en general, en la primera mitad del siglo XIX, llevan casi dos siglos enterradas en hemerotecas y archivos. Un olvido lamentable, porque el conocimiento que él tenía de aquellos lugares —y de su historia, su geografía, su cultura, sus gentes— era superior al que demostraron tener la gran mayoría de los *curiosos impertinentes* extranjeros que se pasearon por la España de la época y que dejaron crónicas mucho más ingenuas y desenfocadas que las que trazó Foz. La comparación con obras y autores como la posterior *Historia de los templos de España* (1857) de Gustavo Adolfo Bécquer arroja un saldo también positivo para Foz, que se reveló mucho más informado y libre en la forma, el enfoque, los juicios. A Foz hay, además, que considerarlo un precursor de las sociedades y círculos excursionistas que proliferaron en toda la península Ibérica a partir de la segunda mitad del siglo XIX —en esa órbita anduvo también la Institución Libre de Enseñanza—, cuyos miembros gustaban de trasladarse a parajes remotos para conocer las obras artísticas y los yacimientos arqueológicos más olvidados, y para gozar de la experiencia de los paisajes naturales y del contacto y las costumbres de los paisanos.

El extraño artículo firmado al alimón por Foz y por su anónimo alter ego de Fraga resulta también notable porque se interesa largamente por la cría de gusanos de seda y por la industria de confección de prendas de seda que en aquellos años cuarenta el siglo XIX estaba floreciendo y dando trabajo a una gran cantidad de mujeres —una cuarentena, lo cual era muchísimo en una población tan pequeña— de Torrente de Cinca. Tal empresa había sido fundada no mucho antes por el inquieto terrateniente Francisco Monfort, quien fuera uno de los introductores en España de la sericultura a gran

¹¹ Ricardo del Arco, «Un gran literato aragonés olvidado: Braulio Foz», *Archivo de Filología Aragonesa* 5 (1953) pp. 7-103, p. 22.

escala, y quien había comprado, por cierto, el convento de los padres trinitarios en tiempos de la Desamortización.¹²

Tras el énfasis que el artículo pone sobre los méritos de aquella industria local había una intención muy afilada. El objetivo de Foz era mostrar el contraste entre la especulación engañosa del aceite místico de los padres trinitarios, que solo les había reportado réditos a ellos y que había empobrecido y embrutecido durante más de dos siglos y medio a las gentes del pueblo y de la zona; y los beneficios económicos y los progresos técnicos, y por consiguiente sociales y culturales, que se estaban derramando sobre la población y la comarca entera —por más que fuera el empresario el que salía más beneficiado, por supuesto— desde que se instalara allí la pujante industria de la seda. Se sitúa Foz, al subrayar con tanto énfasis este contraste, en la estela del agrarismo ilustrado, precursor del capitalismo liberal de arraigo rural, que desde el siglo XVIII llevaba reclamando la superación de la superstición clerical y el desarrollo empresarial y tecnológico del campo como manera más efectiva para lograr el progreso del conjunto del país.

El Francisco Monfort al que elogian vivamente Foz y su presunto intermediario de Fraga no deja de recordar al inolvidable doctor Benassis que en diez años, a base de aplicar la ciencia y la razón, había transformado una mísera aldea francesa en un pueblo próspero, en esa gran gesta fundacional del agrarismo rural, con tonos todavía más paternalistas que capitalistas, que fue *Le médecin de champagne* (*El médico de aldea*, 1833) de Honoré de Balzac; o a Jacinto de Tormes, el rico propietario que abandonó la molición de su propiedad parisina para volver a su hacienda portuguesa y transformarla, a fuerza de trabajo e inversión en recursos técnicos, en un emporio casi utópico, dentro de otra novela memorable, *A cidade e as serras* (*La ciudad y las sierras*, 1901) de José María de Eça de Queiroz.

En cuanto al aceite con el que los padres trinitarios habían mercadeado durante más de dos siglos y medio, la opinión de Foz y de su presunto corresponsal de Fraga era que se trataba de un atavismo que coartaba el progreso, impedía el bienestar común y miraba hacia un pasado que urgía superar y repudiar. La exudación de aceites y de óleos era marca de

¹² A él se deben, además, varios tratados teóricos sobre la materia: Francisco Monfort, *Apuntes para la propagación y mejora de la industria de la seda, y de las ventajas que ofrece la morera multicaule o filipina y la semilla de gusanos trevoltinos o de tres cosechas al año*, Zaragoza, Imprenta de Roque Gallifa, 1842; y Monfort, *Gusanos de seda: cuadro sinóptico demostrando el método más breve, seguro y ventajoso de criar estos preciosos insectos según los procedimientos seguidos en Torrente de Cinca (en Aragón)*, Barcelona: s.n., s.a.

supuestos milagros que se han asociado, desde tiempos muy remotos, a cuerpos de reyes —durante siglos, desde la Edad Media hasta bien entrada la Moderna, se creyó que los aceites con que eran ungidos los reyes de Francia eran (re)producidos milagrosamente para la ocasión— y a cuerpos de santos —por ejemplo, el cadáver de Teresa de Jesús no dejó de destilar aceite durante mucho tiempo, según los propagandistas de la santa¹³—. Y también a muy diversos imágenes y objetos tenidos por muchos católicos como carismáticos. Hoy hay cientos de páginas de internet, e incluso de videos en YouTube, que informan y dan imágenes de tallas e iconos cristianos que exudan —dicen— aceites milagrosos. Particularmente interesante y célebre —y con connotaciones de tipo histórico-político muy densas— es el caso de la Virgen de Damasco y de su famosa vidente siria, que sudaron aceite a partir de 1982. La emanación de aceites y de óleos místicos es un fenómeno que tiene que ver, por otro lado, con la producción de olor, sangre, lágrimas¹⁴ o sudor¹⁵ —o con la licuefacción de la sangre— que se atribuye a un gran número de imágenes y de reliquias cristianas en muchos lugares del mundo.

Creencias, rituales —y negocios y políticas— que, pese a la buena salud de la que siguen gozando hoy, miran hacia el mismo pasado oscuro y pre-moderno al que se empeñó, con enorme riesgo, en hacer frente el ideario progresista de Foz. Un ingenio libre como pocos en la España del siglo XIX, que vivió desgarrado entre la repugnancia ante aquellas supersticiones y la fascinación que, en tanto que “anticuario” —historiador, arqueólogo— y profesor de lenguas clásicas ejercía sobre él aquel pasado.

¹³ Véase al respecto José Manuel Pedrosa, «Del brazo escritor al libro escrito por santa Teresa, o la letra como talismán terapéutico», *Señales, portentos y demonios. La magia en la literatura y la cultura españolas del Renacimiento*, coords. Eva Lara y Alberto Montaner, Salamanca, SEMYR, 2014, pp. 599-625.

¹⁴ Sobre la cuestión, véase María Tausiet, «Agua en los ojos: el Don de lágrimas en la España Moderna», *Accidentes del alma: las emociones en la Edad Moderna*, coord. María Tausiet y James S. Amelang, Madrid, Abada, 2009, pp. 167-202.

¹⁵ Sobre la cuestión, véase José Manuel Pedrosa, «Casas endemoniadas, santos exorcistas e imágenes que sudan: el milagro de San Nicolás de Tolentino en Cazalla (1693)», *Revista de El Colegio de San Luis*, en prensa.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Arco, Ricardo del (1953): «Un gran literato aragonés olvidado: Braulio Foz», *Archivo de Filología Aragonesa*, 5, pp. 7-103.
- Calvo Carilla, José Luis (1992): *Braulio Foz en la novela del siglo XIX*, Teruel, Instituto de Estudios Turolenses.
- Monfort, Francisco (1842): *Apuntes para la propagación y mejora de la industria de la seda, y de las ventajas que ofrece la morera multicaule o filipina y la semilla de gusanos trevoltinos o de tres cosechas al año*, Zaragoza, Imprenta de Roque Gallifa.
- (s.d): *Gusanos de seda: cuadro sinóptico demostrando el método más breve, seguro y ventajoso de criar estos preciosos insectos según los procedimientos seguidos en Torrente de Cinca (en Aragón)*, Barcelona.
- Pedrosa, José Manuel (2014): «Del brazo escribidor al libro escrito por santa Teresa, o la letra como talismán terapéutico», *Señales, portentos y demonios. La magia en la literatura y la cultura españolas del Renacimiento*, coords. Eva Lara y Alberto Montaner, Salamanca, SEMYR, pp. 599-625.
- (en prensa), «Casas endemoniadas, santos exorcistas e imágenes que sudan: el milagro de San Nicolás de Tolentino en Cazalla (1693)», *Revista de El Colegio de San Luis*.
- Tausiet, María (2009): «*Agua en los ojos: el Don de lágrimas en la España Moderna*», *Accidentes del alma: las emociones en la Edad Moderna*, coord. María Tausiet y James S. Amelang, Madrid,